

La relación con Dios

Clarence Esme STUART

biblicom.org

Índice

1 - Introducción	3
2 - Dios, un Padre, como revelado en el Antiguo Testamento	4
3 - Dios Padre revelado por el Hijo en el Evangelio según Juan	8
4 - La revelación del Padre en los otros Evangelios	15
5 - Hijos de Dios	21
6 - Hijo de Dios	27

1 - Introducción

Todo hijo de Adán se sitúa necesariamente en la relación de criatura con el Creador. Todos le deben su existencia (**Hec. 17:25-28**). En este sentido, es el Padre de todos (**Efe. 3:14-15; 4:6**), por lo que Adán, al final de la genealogía del Señor Jesús, es llamado hijo de Dios (**Lucas 3:38**).

Como criaturas, dependientes de Dios en todo momento, siempre deberíamos haber confiado en él como nuestro Creador. De hecho, como tal, incluso tiene en cuenta y cuida de los animales y de todo aquello a lo que ha dado vida (**Jonás 4:11; Mat. 6:26; Lucas 12:6**); con mayor razón, cuida de aquellos que tienen una existencia eterna. Por tanto, todos los seres humanos deberían haberle honrado y servido sin vacilar (**Rom. 1:25**). Pero en esto, han fallado gravemente, como se atrevió a decir Daniel al rey pagano Belsasar: «Y al Dios en cuya mano está tu vida, y cuyos son todos tus caminos, nunca honraste» (**Dan. 5:23**). Este rey reconocido culpable, por Daniel, de su impiedad y fracaso como criatura, mientras estaba entronizado en medio de todo el esplendor de la soberanía oriental, quitó la tierra aquella noche para esperar, por lo que sabemos, su condenación cuando sea llamado ante el gran trono blanco. Como criatura, no podía eludir su responsabilidad; y su fracaso en este sentido es tanto más grave cuanto que Dios le había ofrecido la oportunidad de beneficiarse de la conocida historia y del ejemplo de su abuelo, Nabucodonosor.

Como criaturas, todos hemos fallado, todos hemos pecado; por lo tanto, solo podríamos esperar la miseria y la perdición eterna, si Dios, en su gracia soberana, no hubiera actuado para vivificar a algunos de ellos y llevarlos a una nueva relación consigo mismo como santos, siervos, miembros de su familia, etc.

¿Qué clase de gracia es esta? La gracia que es naturalmente extraña al corazón humano, y que solo tiene como origen el corazón de Dios. Porque ¿qué hombres confiarían naturalmente sus intereses terrenales y el cumplimiento de sus planes a quienes han pecado contra ellos y despreciado sus deseos a lo largo de su vida, o a quienes fueron sus acérrimos enemigos? Pero es entre ellos donde Dios aparta ciertos vasos que consagra para uso santo; es decir, santos, santificados en Cristo Jesús (**1 Cor. 1:2**), elegidos por él «para salvación, por la santificación del Espíritu y la fe de la verdad» (**2 Tes. 2:13; comp. 1 Pe. 1:2**).

También son sus esclavos (**1 Pe. 2:16; Rom. 6:22**), y no tiene otros en la tierra; toda la obra que realiza en este mundo por medio de criaturas, para el avance de su reino y la gloria de su Hijo, la hace por medio de ellos. También son contados con su casa

(Efe. 2:19), pues no los tendría a distancia, aunque solo merecieran ser desterrados de su presencia para siempre. Los que creemos en su Hijo, tendremos siempre esta relación con él. Ciertamente, el carácter y la esfera de servicio pueden cambiar. No estaremos siempre en la tierra, en una escena donde se rechaza la autoridad de Dios. Porque allá arriba, liberados para siempre de todo trabajo y preocupación, y disfrutando del descanso que nos espera, todos llevaremos su nombre y el del Cordero en la frente, como señal de nuestra pertenencia; y seguiremos teniendo el privilegio de estar comprometidos a su servicio, porque «sus siervos lo servirán» (Apoc. 22:3). Los cristianos serán entonces manifestados en una relación especial con Dios, peculiar a los que ahora son su morada en la tierra por el Espíritu, porque serán su templo santo, en el cual morará para siempre (Efe. 2:21). ¡Qué placer debe sentir en sus criaturas redimidas por la sangre de Cristo!

Santos, siervos, de su casa, su pueblo, su morada, su templo, sus elegidos y sus llamados, ¡esas son las relaciones con Dios de las que podemos gloriarnos! Y todo esto está relacionado con la revelación de él mismo *como Dios*. Estos seguramente son favores y privilegios, a los cuales ninguno de nosotros, y añadimos, ninguna criatura, habría jamás pensado ser llamada a participar; pero no son nuestros únicos privilegios, pues Dios se ha complacido en revelarse bajo otro aspecto. Es nuestro Dios, porque somos sus redimidos. También es *nuestro Padre*, porque hemos nacido de él; esta es la mejor y más estrecha relación con Dios. Somos sus hijos por nacimiento, nacidos de agua y del Espíritu (Juan 3:5). También somos sus hijos por la fe en Cristo Jesús (Gál. 3:26).

2 - Dios, un Padre, como revelado en el Antiguo Testamento

Ya sea natural o espiritual, la relación paternal es de Dios; él se complació en crear la primera antes de introducir la segunda, para que cuando dicha relación espiritual fuera revelada y formada, su pueblo pueda comprender mejor los privilegios y bendiciones que conlleva. En efecto, a medida que vemos revelado en la Palabra, paso a paso, el pensamiento de Dios y sus disposiciones para el bienestar de sus criaturas en la tierra, discernimos lo que sin duda debía haber estado en su pensamiento y el gozo para su corazón, al cual él miraba.

¿Quién dudaría hoy que cuando Jehová Dios colocó a Adán en el Jardín del Edén,

para cultivarlo y guardarlo, y que todos los animales le fueron traídos para que les pusiera nombre, Jehová estaba mirando hacia el día en que el Hijo del hombre aparecería en su gloria y toda la creación estaría sometida a su autoridad? Además, si leemos, como tenemos el privilegio de hacerlo, lo que pasó por el pensamiento de Dios cuando miró a su criatura Adán, entonces solo en el jardín (*Gén. 2:18*), bien podemos decir que Él ya tenía en sus pensamientos el cumplimiento de este propósito (todavía futuro), de hacer bodas para el Hijo del Rey (*Mat. 22*). Así pues, al instituir la relación paterno-filial, no es atrevido suponer que tenía ante sí el día en que anunciaría que tal relación podía existir entre él y los hijos de los hombres. Pues, como debe ser, él la dio a conocer primero. Leemos sobre ello en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. En el Antiguo, tiene que ver con el pueblo de Israel; en el Nuevo, con los que son verdaderamente sus santos en la tierra, y allí aprendemos que el Padre de nuestro Señor Jesucristo es el Padre de los que creen en él.

Es importante tener presente la distinción que acabamos de hacer. En los tiempos del Antiguo Testamento, según la enseñanza de aquella dispensación, cuando Dios tomó a la nación de Israel para ser su pueblo, siendo él su Dios, se trataba de una redención y relación nacional, no individual. Israel era el hijo de Dios. Para nosotros es diferente. Todo santo es ahora hijo de Dios, y Dios es su Padre; y todo el que ha creído en el Señor Jesucristo para el perdón de sus pecados sabe, por el Espíritu Santo que ha recibido, lo que es clamar: «¡Abba, Padre!». Además, recordemos que, en el Antiguo Testamento, Dios es el Padre de Israel; en el Nuevo Testamento, es a la primera persona de la Trinidad a quien nos dirigimos con este nombre; es Dios Padre.

Veamos esto con un poco más de detalle.

Debemos considerar primero *Éxodo 4:22-23*, donde Moisés dice a Faraón, rey de Egipto: «Jehová ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo, para que me sirva, mas no has querido dejarlo ir; he aquí yo voy a matar a tu hijo, tu primogénito». Es significativo e instructivo que Dios enviara este mensaje al orgulloso monarca egipcio, no a Israel. Tenía que oír que la nación esclava a la que había oprimido era el hijo, el primogénito, de Jehová de los ejércitos. Esto es significativo, porque muestra que Dios no actuaba según los pensamientos del hombre en este asunto. Porque, ¿quién podría haber pensado que dejaría de lado a la raza dominante de la época, altamente civilizada y culta, para abrazar la causa de una nación de esclavos y formar un estrecho vínculo con ellos? Es instructivo también, porque dada la condición de este pueblo, el anuncio de tal relación con el Dios del cielo fue, por Su parte, una gracia pura y soberana. ¿Qué habían hecho

para merecerlo? No habían hecho nada. ¿Cuál era su estado cuando se anunció esta revelación? Una miseria terrible y sin esperanza (Éx. 1:13-14; 2:23). No se le anunció a ellos, para prepararlos para la batalla, sino a sus verdugos egipcios, para que liberaran al pueblo. La condición del pueblo no era, pues, un obstáculo para la existencia y afirmación de tal relación con Dios. Los egipcios los despreciaban y aborrecían (1:12); pero Jehová no se avergonzaba de ser el Padre de semejante pueblo, y así se lo haría saber al orgulloso y altanero monarca, dándole después pruebas de ello. Faraón podía negar conocer a Jehová (5:2) y negarse a obedecer sus mandatos; pero llegaría la noche del día 14 del mes de Abib, cuando lloraría la muerte de su primogénito y aprendería de esa amarga manera el maravilloso privilegio de tener tal relación con el Dios vivo y verdadero.

Una vez formado, Dios nunca rompió ni negó ese vínculo. El fracaso del pueblo no podía disolverlo, y Dios nunca lo olvidaría. Oseas se lo recordó en el pasado (11:1); Jeremías predijo lo que los alegraría en el futuro: «He aquí yo los hago volver de la tierra del norte, y los reuniré de los fines de la tierra, y entre ellos ciegos y cojos, la mujer que está encinta y la que dio a luz juntamente; en gran compañía volverán acá. Irán con lloro, mas con misericordia los haré volver, y los haré andar junto a arroyos de aguas, por camino derecho en el cual no tropezarán; porque soy a Israel por padre, y Efraín es mi primogénito» (31:8-9).

Moisés había recordado al pueblo esta relación antes de que cruzaran el Jordán (Deut. 32:6); Jeremías, en su tiempo, trató de hacérsela comprender (3:19), pero en vano, de modo que el cautiverio iba a ser su suerte, e iban a conocer siglos de dolor. Pero este vínculo es indisoluble. Isaías también lo atestigua en el lenguaje que el Espíritu de profecía pone en boca del piadoso remanente que ha de venir: «Pero tú eres nuestro padre, si bien Abraham nos ignora, e Israel no nos conoce; tú, oh Jehová, eres nuestro padre; nuestro Redentor perpetuo es tu nombre» (63:16); y de nuevo: «Ahora pues, Jehová, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos somos todos nosotros» (64:8).

Esta es una prueba de la gracia eterna y de la inmutabilidad de los designios de Dios. Es evidente que Israel no había merecido tal favor. Si hubiera podido merecerlo, ciertamente habría perdido toda pretensión a obtenerlo. Pero no era, ni es, una cuestión de mérito, sino de la soberanía de Dios. Él ha formado este vínculo de su propia voluntad. Nunca la romperá y nunca dejará de afirmarlo. Qué bálsamo para nosotros, que ahora conocemos a Dios Padre como nuestro Padre, además de nuestro Dios.

¡Un Padre! ¿Qué pensamientos están relacionados con el disfrute de tal bendición? No cabe duda. Quienes han conocido a sus padres naturales pueden formarse una idea de lo que implica este vínculo paterno. Sin embargo, hay personas que, por diversas razones, nunca han conocido el cuidado o el amor de un padre terrenal, aunque lleven los nombres de sus padres. Hoy, los hijos de Dios no deberían tener tal situación. Él desea que conozcan al Padre; por eso nos ha sido dado el Espíritu Santo, a través del cual gritamos: «¡Abba, Padre!». Y desea que sus hijos aprendan directamente de él mismo lo que él es; por eso, por gracia, nos lo enseña.

«Padre de huérfanos y defensor de viudas es Dios en su santa morada» (Sal. 68:5). Él cuida y protege a los que no tienen protector natural. Su pueblo puede contar con ello. También se compadece de sus hijos, y da pruebas de ello cuando es necesario, pues: «Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo» (Sal. 103:13-14). ¿Qué consideración la suya al hablar así, llamando la atención sobre este vínculo terrenal que es de él, y sobre los sentimientos de un padre terrenal hacia su descendencia! ¿Qué diríamos de un padre que no siente compasión por sus hijos? Todos dirían que es anormal. ¡Desgraciadamente, esto ocurre entre los hombres! Pero es perfectamente natural y correcto que un padre terrenal sienta compasión por sus hijos. La relación que tiene con ellos debería suscitarla espontáneamente, siempre que las circunstancias lo requieran. Ahora bien, todo lo que un padre así debería sentir por los suyos, Dios, nuestro Padre, lo siente realmente por sus hijos, pero, por supuesto, con una intensidad y profundidad que la criatura no puede comprender. «Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo». Esta palabra «recuerda» es ciertamente preciosa. Un padre terrenal puede olvidarlo o ignorarlo, pero Dios nunca lo hace. Los que le temen pueden contar siempre con su compasión.

Pero un padre tiene otras características. Educa adecuadamente a su hijo y lo castiga si es necesario, según lo que la sabiduría, combinada con el amor, pueda dictar. Esta es también la actitud de nuestro Padre hacia sus hijos. «Si estáis sin disciplina, de la que todos han participado, entonces sois bastardos y no hijos». Cómo quisiera el Espíritu de Dios animar al creyente cuando atraviesa pruebas y sufrimientos por causa de la verdad. Gritaríamos amargamente: “¿Se ha olvidado Dios de usar de la gracia?”. La respuesta sigue: «Tuvimos a nuestros padres naturales que nos castigaban, y los respetábamos; ¿no nos someteremos mucho más al Padre de los espíritus, y viviremos? Porque aquellos nos disciplinaban por pocos días, según les parecía; pero este, para nuestro provecho, para que participemos de su santidad»

(Hebr. 12:8-10). Muchos padres terrenales actúan de manera caprichosa; no es el caso de nuestro Padre. Pero si Dios pone a sus hijos en la escuela, como ciertamente hace, en su gracia señala el objetivo que tiene en mente, a saber, que participemos de su santidad, y nos da una palabra de aliento: «Hijo mío, no desprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor disciplina al que ama, y azota a todo el que recibe por hijo» (v. 5-6).

No solo siente tierna compasión por los suyos y se toma la molestia de educarlos, sino que, como un padre terrenal, se complace en enriquecerlos con muestras de su amor paterno. Así lo dicen los Evangelios: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y la puerta se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama a la puerta, se le abrirá. ¿O quién entre vosotros, si su hijo le pide un pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis ofrecer buenas dádivas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que le piden!» (Mat. 7:7-11). Hay que recordar que estas palabras son del Hijo único, que estaba en el seno del Padre cuando las pronunció. También forman parte de la revelación del Padre por medio del Hijo, que nos está dada en el Nuevo Testamento, y nos llevarían así a otra rama del tema, enseñándonos no solo lo que hay en la mente de un padre, sino lo que nos está revelado del Padre de nuestro Señor Jesucristo, que es también el Padre de todos los que creen en su Hijo.

3 - Dios Padre revelado por el Hijo en el Evangelio según Juan

«Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoce nadie, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar» (Mat. 11:27). Se trata de un anuncio muy importante. Porque:

1) Nos da a conocer el hecho bendito de que criaturas inteligentes pueden conocer al Padre cuando el Hijo se lo revela. Su competencia para revelarlo nos está plenamente asegurada en otra parte: Él conoce al Padre (Juan 8:55); lo ha visto (6:46); y siempre ha estado y está en el seno del Padre (1:18). Además, al verle al Hijo, los hombres han visto al Padre (14:9); y los que le han conocido a él han conocido al Padre (8:19). Sin embargo, aunque, de todos los que caminaron sobre la tierra, solo él le ha visto, otros oyeron la voz del Padre en 3 ocasiones distintas: en su bautismo

por Juan (Mat. 3:17); en su transfiguración (Mat. 17:5); y en respuesta a su petición: «¡Padre, glorifica tu nombre!» (Juan 12:28). La primera vez, fue Juan el Bautista; la segunda, Pedro, Santiago y Juan; la tercera, la multitud que oyó un sonido, pero claramente no entendió lo que se decía.

2) En Mateo, el Señor habla del Padre como distinto del Hijo, informándonos así de la pluralidad de las Personas en la Divinidad –una verdad que se indica en el Antiguo Testamento (Gén. 19:24; Is. 48:16), y que se revela plenamente en el Nuevo, donde se nos dice su número y posición relativa entre sí, es decir, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (Mat. 28:19). El Hijo es y debe ser, como Hijo, distinto del Padre, como dijo el Señor a los judíos (Juan 8:16-18), y luego declaró a sus discípulos: «Salí del Padre, y he venido al mundo; y otra vez dejo el mundo, y voy al Padre» (16:28). Deberían haberse alegrado de su ida al Padre, pues dijo: «El Padre, mayor es que yo» (14:28); aunque también es cierto que él y el Padre son uno (10:30).

3) Estas palabras nos revelan que el Hijo actúa según su voluntad soberana; es a la vez Dios y hombre: Hijo eterno e Hijo de Dios nacido en el tiempo. No podemos esperar conocer al Padre si nos negamos a escucharle. Tampoco es posible conocer al Padre si el Hijo no quiere revelarlo. Si esperamos conocer al Padre, todo depende de su voluntad soberana en gracia. Pero, ¿quién ha dicho esto y cuándo? –El Hijo único de Dios (Juan 3:16, 18; 1 Juan 4:9), que es también el Primogénito de toda la creación (Col 1:15) [1], y lo dijo después de que los judíos lo hubieran rechazado abiertamente. Así deja claro lo que perderán si le rechazan, y deja claro lo que revelará a los que le reciban. Así pues, es hacia los Evangelios que debemos dirigirnos para aprender de sus labios quién es el Padre –no para obtener una descripción de su apariencia, pues nadie ha visto al Padre sino Aquel que es de Dios, sino para comprender quién es él –sus deseos, sus caminos, sus actos– según lo que está presentado para nuestra instrucción, nosotros que, nacidos de Dios, estamos capacitados para conocer a Aquel que es nuestro Padre y gozar de la relación de hijos. Todos los Evangelios nos lo enseñan. Mateo y Juan abundan en ello; Lucas lo hace con más parsimonia; Marcos solo muy raramente alude a ello. Esto se explica por los diferentes aspectos del Señor Jesucristo que los 4 evangelistas se encargaron de presentar.

[1] «Hijo unigénito» nos hace pensar en lo que se llama su generación eterna: Él es «desde antes de la fundación del mundo» o «desde la eternidad». «Primogénito», como nacido en este mundo, nos recuerda su relación y pre-

eminencia sobre todas las criaturas.

Mateo y Juan están llenos de esta enseñanza, pero hay claras diferencias entre ellos. Juan habla de él como Padre, de quién es y de lo que hace como Padre. Mateo habla muy a menudo de él como Padre de los que son verdaderamente discípulos de Cristo. Por eso el Señor se refiere a él con frecuencia como «vuestro Padre», mientras que, en el Evangelio según Juan, el Señor solo le llama así (aparte de, el Padre o su Padre) cuando la resurrección está completa.

Pasemos primero a este último Evangelio, cuya enseñanza está llena de esta verdad, como lo estaba ciertamente el corazón del Hijo único, que se complacía en revelarlo de un modo que convenía a su auditorio. Al decir su auditorio, no es que esperara a que se reuniera una multitud o incluso unos pocos para revelar algo. De hecho, en las horas oscuras de la noche, o junto al pozo, antes de que las sombras de la tarde se alargaran, estaba dispuesto a revelar a un alma solitaria la verdad sobre su Padre, y en caracteres que nadie hubiera podido imaginar. En efecto, ¿quién sino el Hijo era competente para tratar semejante tema? ¿Y quién? Sino el Hijo único de Dios, el Hijo eterno, podía revelar a Dios Padre. ¿Y a quién debía hacerse tal revelación? ¿Quién podría realmente entrar en ella y gozarla, excepto aquellos que tenían que llegar a saber que son hijos de Dios? Desean conocer al Padre.

Nicodemo fue de noche a ver a Jesús como el Maestro que había venido de Dios. La conversación no terminó hasta que oyó que Dios había dado a su Hijo único, «para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él» (Juan 3:16-17). Esto revela que Dios Padre desea la salvación de las criaturas culpables y proporciona el sacrificio necesario en la persona de su Hijo único; o, como dice Juan en su Primera Epístola: «El Padre envió al Hijo como Salvador del mundo» (1 Juan 4:14). Al comienzo de su entrevista con Nicodemo, el Señor había insistido en la necesidad del nuevo nacimiento, una verdad y una bendición a las que este doctor de Israel era ajeno. Pero no quiso terminar la entrevista sin hablarle de la misión, por parte de Dios, de su Hijo único. La introducción aquí del «Hijo único» implicaba, por supuesto, la verdad y la revelación del Padre, no como una nueva relación en la que se complació en entrar en la encarnación, sino como aquella en la que siempre había estado Aquel a quien Nicodemo consideraba solo como un maestro enviado por Dios.

Un poco más tarde, en su viaje de Jerusalén a Galilea, vemos al Señor en el pozo de

Jacob, conversando con la mujer de Sicar, a la que muestra que lo sabe todo sobre su vida pasada y presente. También le habla del Padre. Había salido de Jerusalén, centro del judaísmo y ciudad donde estaba la Casa de su Padre, y comunica a esta mujer samaritana, hasta entonces ferviente seguidora del culto samaritano, algunos pensamientos sobre el verdadero culto y sobre Aquel al que le presenta como objeto de culto. «Mujer, créeme que viene la hora cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos; porque la salvación es de los judíos. Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre busca a los tales para que le adoren a él» (4:21-23). La mujer había hablado del lugar de adoración, pero no de la persona que iba a ser adorada. El Señor le habló del Padre como objeto de adoración. Ella no había planteado esta cuestión y, dada la respuesta del Señor: «Adoráis lo que no conocéis», su silencio sobre este punto fue apropiado. Pero (podemos afirmarlo con seguridad) su corazón estaba lleno de la revelación que él tenía el gozo de dar a conocer. Entonces le habla del Padre, y del Padre que busca adoradores.

Podríamos haber pensado que el Todopoderoso tenía que hacerse propicio antes de recibir el homenaje que se le debía como Creador, por parte de aquellos que deseaban permiso para tributárselo. Pero enterarse de que él es el Padre y que, como tal, busca adoradores; y que hombres y mujeres como ella, que solo merecían la condenación eterna, pudieran adorarle en esta relación, fue verdaderamente novedoso y una gracia inaudita. En una casa particular de Jerusalén, cuyo nombre y lugar nos son desconocidos, había hablado a Nicodemo de la misión del Hijo único y, en consecuencia, de algo de la acción de gracias del Padre. Ahora, a esta mujer, a solas con él, le expuso el deseo del corazón del Padre de encontrar entre los miembros de la raza arruinada de Adán, que se habían convertido en objetos de esta gracia revelada a Nicodemo, aquellos que podían y debían adorarle con la conciencia de una relación filial. Nicodemo no le había preguntado acerca de la misión del único Hijo de Dios; esta mujer no le preguntó acerca del Padre; pero en cada caso el Señor tuvo el gozo de dar a conocer la verdad que traería ricas bendiciones a las almas. Da a conocer a Dios Padre como Aquel que desea salvar a los perdidos, y como Aquel que busca en tal compañía a sus verdaderos adoradores.

Pero el evangelista continúa y, en el capítulo siguiente, presenta la historia de la curación del hombre impotente en el estanque de Betesda, con la enseñanza que sigue. El Señor, perseguido por los judíos a causa de lo que había hecho, les respondió con un lenguaje que no hizo sino aumentar su oposición: «Mi Padre trabaja hasta aho-

ra, y yo trabajo» (5:17). Ellos ignoraban que Dios Padre había trabajado. No solo se había compadecido de sus criaturas culpables y había dado prueba de ello enviando a su Hijo para salvar de las consecuencias eternas de su culpa a los que creyeran en él, sino que nunca había descansado mientras el pecado hacía estragos en la tierra y el hombre, habiendo pecado, sufría en su persona o en sus circunstancias. El Padre había obrado siempre en gracia.

Antiguamente, antes de la caída, Dios había descansado de toda la obra que había creado (Gén. 2:3). El sábado era un recordatorio de esto. Pero habiendo caído el hombre, este descanso no continuó, pues la condición de sus criaturas, consecuencia del pecado, llamó a Dios a actuar en gracia y poder, de lo cual la curación del hombre impotente fue un ejemplo. En su supuesto celo por Dios, iban claramente en contra de lo que él pensaba y hacía, entonces como ahora. «Mi Padre trabaja hasta ahora», atestigua el pasado; «y yo trabajo» prueba el presente. La oposición de ellos muestra que la revelación acerca del Padre, hecha en esta ocasión por su Hijo, es enteramente nueva para ellos. «No puede el Hijo hacer nada de sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre» (5:19). Tanto por sus acciones como por sus palabras, el Hijo estaba revelando al Padre, pero el pueblo de Dios no lo sabía. La actividad en la bondad caracterizaba al Padre; todos podían verlo.

Ahora bien, existe el peligro de que el pensamiento de la misericordia divina debilite en el alma el sentido de la santidad divina. También existía el peligro, desgraciadamente ilustrado por los judíos, de rechazar al Hijo con el pretexto de poseer a Dios. En vista de todo esto, el Señor reveló algo más, a saber, que «el Padre no juzga a ninguno, pero todo el juicio lo ha encomendado al Hijo; para que todos honren al Hijo de la misma manera que honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió» (5:22-23). El juicio caerá, pues, sobre los que rechazan al Hijo, salido del Padre y enviado por él. La vida eterna, en cambio, está reservada a los que escucharon las palabras del Hijo y creyeron en el Padre que le envió. Era arriesgado rechazar al Hijo que había venido en nombre de su Padre.

En el capítulo siguiente, Juan nos lleva a Galilea, único relato en este Evangelio del ministerio del Señor en esta región del norte después de que Herodes hubiera encarcelado a Juan el Bautista. A la multitud que había cruzado el lago para seguir al Señor, después de que este les hubiera dado de comer en el desierto, el Señor presenta a su Padre como el que da el verdadero pan del cielo (6:32), explicando que él es el pan que bajó del cielo para dar vida al mundo. Pero el Padre se presenta aquí con un doble carácter de dador: da el pan verdadero y da las personas a su Hijo. «Porque descendí del cielo no para hacer mi propia voluntad, sino la voluntad de

aquel que me envió. Y esta es la voluntad de aquel que me envió, que de todo lo que me ha dado, yo no pierda nada, sino que lo resucite en el día postrero» (6:38-40). Y aún más. Él atrae a la gente hacia su Hijo. Porque está dicho: «Nadie puede venir a mí si el Padre que me envió no le trae, y yo lo resucitaré en el día postrero. Está escrito en los profetas: Y todos ellos serán enseñados por Dios. Todo aquel que ha oído al Padre, y ha aprendido de él, viene a mí» (6:44-45).

Hasta aquí hemos tenido una revelación del Padre, tal como se manifiesta en su trato misericordioso con la humanidad. El Señor comienza esta enseñanza con el modo en que pueden satisfacerse las necesidades espirituales del hombre. Luego da a conocer lo que el Padre desea: busca adoradores; pero estos deben ser primero objetos de la gracia divina. ¿Era, pues, algo nuevo que el Padre se interesara por los hombres de la tierra y cuidara de ellos? Las obras de poder del Hijo lo atestiguaban, y su presencia entre los hombres era una prueba del deseo sincero del Padre de llevar la vida y la salvación en toda su plenitud a los que estaban muerto en sus delitos y pecados. El Hijo vino como Pan del cielo para dar vida al mundo. Todos los que creen en él resucitarán en el último día; todos ellos son ejemplos del poder del Padre en gracia, pues nadie puede venir al Hijo si el Padre que lo envió no lo atrae. Existía entonces un poder que los judíos incrédulos desconocían: un poder utilizado por el Padre para reunir a las almas a Cristo, y así reunir las del mundo a Aquel que no se avergüenza de llamarlos hermanos (Hebr. 2:11).

Por eso, en este Evangelio, la revelación del Padre cambia ahora un poco de carácter. Después de presentarlo como un buscador de los mejores intereses de las criaturas caídas, ahora lo presentará más en relación con aquellos que ha atraído hacia su Hijo, una compañía de personas que son todos verdaderamente sus hijos. En efecto, la venida de Cristo puso de manifiesto lo que siempre había sido cierto, a saber, la necesidad de una operación divina sobre el alma por medio de la Palabra y del Espíritu Santo. El individuo debe nacer de Dios. Los judíos declaraban que Dios era su Padre (8:41). Esto era cierto a nivel nacional, pero no podía asegurar al individuo la bendición eterna. No lo habían entendido, porque no habían estado sometidos a la gracia de Dios, y lo demostraron con su enemistad con el Señor, cuando este les dijo: «Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais a mí, porque yo procedo y he venido de Dios; porque no vine de mí mismo, sino que él me envió» (8:42). Hacía falta algo más que la adhesión a un credo o apoyarse en un privilegio nacional. Si Dios era su Padre, participarían de una nueva naturaleza, la naturaleza divina, y se convertirían en objetos especiales del cuidado paternal divino.

A esto último se alude en el capítulo 10, cuando el Señor anuncia la perfecta seguri-

dad de sus ovejas: «Mi Padre que me las dio es mayor que todos; y nadie es poderoso para arrebatarlas de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno» (10:29-30). En el capítulo 6 oímos hablar del don del Padre a su Hijo. Al recordarlo aquí, aprendemos también lo seguras que están las ovejas si están guardadas por su mano; pero sin duda indica también lo preciosas que son para el Padre. Él nunca las abandonará, ni permitirá que ninguna de ellas sea arrebatada de su mano; nunca puede haber ninguna diferencia de consejo o voluntad entre el Padre y el Hijo en cuanto a la seguridad presente y final de las ovejas, porque él y el Padre son uno.

La seguridad estando garantizada, pasamos en el capítulo 12 a las bendiciones del verdadero discípulo y al terrible futuro de los que rechazan al Señor. Si alguien sirve a Cristo, el Padre le honrará (12:26). Si alguien le rechaza, la palabra que ha pronunciado le juzgará en el último día (12:48). Un anuncio claro y muy importante, que muestra que el Padre y el Hijo desean sinceramente que las almas sean salvas. Con el eco de estas palabras resonando en los oídos de los hombres (v. 44-50), y con el recuerdo de que fue enviado por el Padre y de que dijo lo que el Padre le había dicho, termina el ministerio público del Señor, tal como se expone en este Evangelio.

A partir de ese momento, y hasta que los oficiales le prendieron la noche anterior a la cruz, solo se le vio con sus discípulos. Es a ellos a quienes continúa la revelación del Padre, hablando primero de su propia Casa en el cielo –la Casa de su Padre– donde les prepararía un lugar, y volvería para llevárselos consigo, para que donde él esté, estén también ellos (14:2-3). Esto nos muestra lo que él quiere para los suyos, y la voluntad de su Padre de tenerlos allí; porque ¿quién podría tener una morada en esa Casa sin la aprobación del Padre? Pero entre la partida y el regreso del Señor tuvo que transcurrir un intervalo, de modo que tuvo que venir otro Consolador para estar con los discípulos, enviado por el Padre a petición del Hijo, y en su nombre (14:16, 26). Por eso el Señor nos asegura aquí el ministerio de su Padre para con sus santos después de su partida, y nos da las condiciones para confiar en el amor del Padre (v. 21, 23). Ahora bien, este ministerio no se cumpliría solo con el envío de otro Consolador. También lo llevaría a cabo el Padre, que haría fructificar para sí los sarmientos vivos de la vid verdadera, y que sería glorificado por los discípulos que darían mucho fruto; así serían los discípulos del Hijo (15:2, 8).

Luego, en el capítulo 17, el Señor los entrega al cuidado y custodia de Aquel a quien así ha revelado, mientras él mismo estaría ausente en el cielo, habiendo ido primero a la cruz para que el mundo supiera que él amaba al Padre, y como el Padre se lo había ordenado, así lo haría (14:31), manifestando así, con su muerte, el fruto de la naturaleza divina que siempre había manifestado en vida: amor y obediencia.

Había venido del Padre, había revelado al Padre, iba a subir a su Padre. Pero antes de subir al cielo, envió por medio de María Magdalena este mensaje –que él dio, que ella transmitió y que los discípulos recibieron ciertamente con gozo– que, al mismo tiempo que marcaba la diferencia que existiría siempre entre él y ellos, hablaba de la gracia de la que participaban. «Subo a mi Padre y vuestro Padre, y a mi Dios y vuestro Dios» (20:17). La misma persona divina es Dios y Padre de él y de nosotros.

4 - La revelación del Padre en los otros Evangelios

Para continuar con nuestro tema, debemos fijarnos ahora en los otros Evangelios. En el Evangelio según Juan, vimos primero la revelación de lo que el Padre hace con la gracia divina por los que necesitan la vida y merecen el juicio; después, cómo cuida de los que ha dado a su Hijo.

En el Evangelio según Mateo, el Señor lo presenta primero como Aquel con quien los que son verdaderamente discípulos entran en relación y se hacen partícipes de la naturaleza divina. Su carácter, por tanto, y sus caminos deben proporcionarles instrucciones para su caminar aquí. Por eso el Señor lo llama a menudo «vuestro Padre», mientras que otras veces habla de él como «mi Padre»; porque es evidente que había ocasiones en que podía hablar del Padre solo en relación consigo mismo. Dos ejemplos lo aclaran.

Veamos el primero, en [Mateo 15:13](#), donde responde a sus discípulos que le decían que los escribas y fariseos venidos de Jerusalén se habían ofendido por su reprensión: «Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será arrancada de raíz». Pero ¿qué dijo en [Juan 6:44-45](#)? «Nadie puede venir a mí si el Padre que me envió no le trae, y yo lo resucitaré en el día postrero. Escrito está en los Profetas: Y todos ellos serán enseñados por Dios. Todo aquel que ha oído al Padre, y ha aprendido de él, viene a mí». Puesto que habían rechazado su enseñanza, es evidente que no habían oído nada del Padre. No eran hijos de Dios. Si en esta ocasión hubiera dicho “*vuestro Padre*”, habría recordado a los discípulos la relación *que* tenían con Dios; pero al decir: «Mi Padre celestial», el Señor quería que todos comprendieran la absoluta necesidad de escuchar a *su* Padre y ser plantas de “su plantación”.

Un segundo ejemplo se encuentra en [Mateo 18:10](#). El Señor advierte a los discípulos que no desprecien a un niño pequeño, dando como razón el hecho de que «sus ángeles en los cielos (los de la hueste celestial que los representan ante Dios) ven

continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos». Dice «mi Padre», no “su Padre”, porque no se trata de la relación del niño con Dios. El ministerio angélico en cuestión, siendo una disposición de Dios hacia la criatura como tal, es bastante independiente de eso. Su necesidad de salvación se enseña en los versículos siguientes.

Pero cuando se dirige a los discípulos, tomándolos en el terreno de su profesión, les habla de su Padre como Padre de ellos. Nadie más que él podía comprender la plenitud de bendición que implicaba tal relación. Pero donde existía, era muy real. Su Padre era el Padre de todos aquellos que eran verdaderamente sus discípulos. Estos, nacidos de Dios, eran partícipes de la naturaleza divina; debían, por tanto, manifestar el carácter y los caminos de su Padre. En la tierra, nadie ha visto a Dios Padre; sin embargo, los hombres podrían aprender algo de él a través del caminar, la vida diaria, de los discípulos del Señor; y su Padre sería glorificado, en que los hombres verían lo que es correcto y lo reconocerían, en el caminar de sus discípulos. El Señor habla de esto en el Sermón del Monte: «Así resplandezca vuestra luz delante de los hombres; de modo que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (5:16). Algo de lo que él es, sería manifestado de esta manera.

Aquí se presenta un nuevo motivo. Ezequiel había declarado que el nombre de Dios estaba siendo profanado entre las naciones por el pueblo de Israel, cautivo en tierra extranjera, y mostrando allí lo que eran por sus malos caminos. Ahora, antes de que Dios pueda santificar su nombre mediante su restauración (Ez. 36:20, 23), el Señor enseña a sus discípulos que se les ha confiado la oportunidad y el servicio de llevar, con sus buenas obras, a los hombres de su entorno a glorificar a su Padre que está en los cielos. Como pueblo de Dios, Israel debería haber mostrado a las naciones lo que era agradable a Dios. Como hijos de Dios, los discípulos debían ser la imagen del carácter moral de su Padre.

Esto debía ser así en la vida cotidiana, pero habría oportunidades para mostrarlo de manera especial. En efecto, amando a sus enemigos, orando por sus perseguidores y siendo misericordiosos como su Padre celestial, serían sus hijos que harían brillar su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Así, serían perfectos, como su Padre celestial es perfecto, beneficiándose de la revelación dada acerca de Aquel que es bueno con los ingratos y los malvados (Mat. 5:44-48; Lucas 6:35-36). El Señor había hablado de las persecuciones a que podrían exponerlos los que profesaban verdadero celo por Dios y pertenecían en la tierra al pueblo de Dios. El Altísimo, aun considerándolos hijos suyos, no los protegería necesariamente del odio y la

oposición de sus semejantes. Más bien, sería una oportunidad para mostrar quién y qué es su Padre.

Pero, además, si Dios era su Padre, tenían que tratar con Aquel que ve en secreto, y tenían que representarlo en su conducta ante los hombres. Él ve en secreto: debíamos recordarlo si nos ocupábamos de lo que los hombres llaman comúnmente deberes religiosos. Por eso el Maestro continuó su enseñanza: «Guardaos de cumplir vuestro deber ante los hombres, con el fin de ser vistos por ellos; de otra manera no tenéis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos» (6:1).

Podían cumplir su deber de 3 maneras: dando limosna (2-4), orando (5-15) y ayunando (16-18); pero de cualquier manera que lo hicieran, recordando de quién venía su recompensa, tenían que hacerlo hacia Aquel que ve en lo secreto. Esto es lo que el Señor les hizo comprender. Los ojos de su Padre estaban puestos en ellos. Su Padre estaba perfectamente al tanto de lo que hacían; no lo olvidaría. «Tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará» (v. 4, 6, 18). ¡Qué estímulo! ¡Pero también qué saludable recordatorio! La enseñanza del Señor también está llena de gracia cuando dice «tu Padre» y no “vuestro Padre”, refiriéndose así al vínculo de parentesco que se forma entre cada verdadero discípulo y Dios. Todos pueden decir: “Él es mi Padre”; y si alguien se encuentra solo en la tierra, sea cual sea la causa, sin tener a nadie a quien dirigirse, siempre está ese ojo que le mira, el ojo de su Padre que ve en lo secreto.

En el [Salmo 139](#), vemos la incomodidad que percibe un santo cuando siente el ojo de Dios sobre él, hasta que capta los pensamientos de Dios (14-18). El ojo de mi Padre sobre mí no debería producirme tal incomodidad; al contrario, tengo la seguridad de que las mismas tinieblas no pueden impedir que ese ojo esté sobre mí. Ese ojo se posó sobre Pedro mientras dormía entre 2 soldados en la cárcel, y sobre Pablo en la noche de la tempestad, cuando hacía varios días que no aparecían ni el sol ni las estrellas. Las luces celestiales pueden estar oscurecidas por las nubes o la niebla, pero nada se interpone entre el ojo de nuestro Padre y el objeto sobre el que quiere posarse, pues ve en secreto: una palabra de consuelo, pero también de advertencia; pues ¿no corremos el peligro de olvidar ante quién estamos y quién nos mira?

El Señor habla ahora de la oración. No hay necesidad de vanas repeticiones, pues dice: «Vuestro Padre sabe de lo que tenéis necesidad antes de que se lo pidáis» (6:8). No solo ve a todos, sino que lo sabe todo de todos, todo lo que cada uno necesita. Dios es mi Padre y sabe lo que necesito antes de que se lo pida. Pero cuántas veces alguien ha olvidado esto en el pasado, aunque el alma se haya apoyado en ello en

ciertos momentos. ¿Es entonces la oración inútil, o un ejercicio vano? Si es para informar a Dios de lo que necesitamos, es inútil; pero no es un ejercicio vano, cuando el hijo se entrega y derrama su corazón a su Padre del cielo; porque es derramando así sus peticiones a Dios como puede aliviarse el corazón de la criatura. Así pues, el Señor sigue enseñando a los discípulos cómo deben orar, y al hacerlo les habla del Padre, que tiene un reino, que cuida de sus hijos todos los días y puede actuar en gracia, perdonándoles cuando han pecado.

En cuanto a su reino, vendrá, y por eso se les dice que oren por él: un reino que abarca el cielo y la tierra, un reino que en realidad solo está limitado por los límites de las cosas creadas, un reino que durará por los siglos de los siglos. Porque la petición «Venga tu reino» mira ciertamente más allá del Milenio, a su pleno cumplimiento, e incluso al estado eterno, cuando, sometidas todas las cosas al Hijo, él mismo será sometido al que le sometió todas las cosas, para que Dios sea todo en todos; porque entonces habrá entregado el reino a Dios, al Padre (1 Cor. 15:25-28). Pero antes de que esto (a lo que se nos invita a mirar) tenga efecto, los santos celestiales tendrán, en cierta medida, una respuesta a esta petición cuando brillen como el sol en el reino de su Padre durante el reinado milenar del Señor Jesucristo (Mat. 13:43). Porque a nuestro Padre le ha placido darnos el reino (Lucas 12:32), pero solo los que hacen su voluntad entran en él ahora en la tierra (Mat. 7:21).

Si preguntamos: “¿Quién es nuestro Padre celestial?”, la respuesta es: “Él es Dios, que reinará incontestablemente por los siglos de los siglos”. Todos los que se han resistido a su autoridad y todos los que han tratado de frustrar sus planes serán entonces total y definitivamente derrotados. Y no solo eso, sino que se verán obligados a reconocer para siempre su poder y la imposibilidad de resistirse a su voluntad. El pecado reina hoy en la tierra; pronto parecerá que triunfa por un tiempo. Pero nuestro Padre triunfará plenamente al final. Él espera ese momento y enseña a sus hijos a hacer lo mismo. Porque no es por falta de poder por lo que no ha intervenido ya. Su voluntad se hace en el cielo, y ciertamente se hará en la tierra. Tampoco es por falta de interés en sus santos si les deja sufrir. Él es su Padre, pero espera el momento oportuno para acabar con el poder de las tinieblas. Su paciencia es salvación (2 Pe. 3:15). Cada uno de sus hijos es un ejemplo de ello.

Él es todopoderoso y piensa constantemente en sus hijos en la tierra con tierna compasión. En el desierto de antaño, Israel experimentó el cuidado de Jehová cuando, por la mañana temprano, fueron a recoger el maná proporcionado a aquel gran campamento mientras dormían. Ellos dormían, pero Jehová trabajaba, haciendo llover sobre ellos, para el día siguiente, el alimento con cuya fuerza seguirían adelante

con los asuntos ordinarios de la vida. Ahora sus hijos deben reconocer y demostrar que él cuida de ellos cada día. La función de un padre es proveer para sus hijos; es un carácter de nuestro Padre cuidar diariamente de los suyos. «Danos el pan de cada día» nos enseña esto, y la enseñanza del Señor sobre las aves y los lirios pretende inculcárnoslo (Mat. 6:25-34; Lucas 12:22-31). «Mirad las aves del cielo, que no siembran ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta; ¿no sois vosotros más importantes que ellas?». Y de nuevo: «¿No se venden dos gorriones por un centavo? Y ni uno de ellos caerá a tierra sin que vuestro Padre lo permita. Pero aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. Por tanto, no temáis; vosotros valéis más que muchos gorriones» (Mat. 10:29-31). Para que no nos preocupemos, se nos dice que nuestro Padre alimenta a las aves. Para mantener nuestros corazones tranquilos y confiados ante el peligro de los enemigos, el Señor recuerda a su pueblo que vale más que muchas aves. Sin embargo, muchos dirán que tardan en aprender estas lecciones sobre la revelación del Padre.

Pero no solo somos criaturas dependientes, sino también pecadoras, y a menudo necesitamos que él nos perdone. Ahora bien, nuestro Padre nos concederá ese perdón si actuamos como sus hijos, mostrando un espíritu de perdón hacia los demás (Mat. 6:12, 14-15); la revelación posterior nos recuerda que, si fallamos, el vínculo de relación entre el santo y Dios no se rompe (1 Juan 2:1), una indicación valiosísima para el corazón, cuando puede estar particularmente necesitado de él.

Todopoderoso en el universo, pero al servicio de los más débiles, perdonando a los que no lo merecen y deseando dirigir a sus hijos y librarlos del mal, así es nuestro Padre, según la oración de su Hijo. No debemos tener miedo de importunarle con nuestras peticiones. Aunque él es el Dios que ordena todas las cosas en el cielo y en la tierra, quiere que todos sean perfectamente libres ante él para expresar sus necesidades, ya que su Hijo nos ha dicho: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y la puerta se os abrirá... Pues si vosotros, siendo malos, sabéis ofrecer buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que le piden!» (Mat. 7:7-11).

Hay que señalar otro aspecto de este tema, a saber, los sentimientos del corazón del Padre revelados en la Palabra; y, en primer lugar, en relación con su amado Hijo. El Hijo, que está en el seno del Padre, reveló, como solo él podía hacerlo, a muchos que no tenían entendimiento, que no podían apreciar la verdad que revelaba, ciertos secretos de esa intimidad, bien hablando en parábolas, bien hablando claramente a los que le rodeaban.

Lo hizo en 2 parábolas: la de los labradores y la viña, y la del banquete de bodas del hijo del rey. En la primera, que relatan los evangelistas Mateo, Marcos y Lucas, se muestra el valor que el Hijo tiene para el Padre. El dueño de la viña había enviado muchos mensajeros a los labradores para recibir el fruto, pero sin resultado. ¿Qué podía hacer entonces? Porque habían despreciado a los mensajeros y, lo que era peor, habían dado muerte a algunos de ellos, mostrando así el espíritu que los animaba; merecían un justo juicio del dueño de la viña. Pero este era lento para la cólera, no queriendo derramar sobre ellos las copas de su ira, si podía evitarlo. Los labradores no habían expresado ningún remordimiento por su pasado ni ningún deseo de cambiar en el futuro. Nadie había venido a pedir perdón al dueño. Aquellos hombres eran testarudos; seguían siendo insensibles e indomables. ¿Qué había que hacer? En [Lucas 20:13](#), el dueño de la viña toma consejo consigo mismo: «¿Qué haré? Enviaré a mi amado hijo». En [Marcos 12:6](#), se subraya el valor de este hijo para su padre: «Tenía aún un único amado hijo; a este les envié, el último, diciendo: Respetarán a mi hijo». Sabiendo que el Señor hablaba de su Padre y de sí mismo, vemos aquí el afecto del Padre por su Hijo, como el objeto más precioso a sus ojos; ¡estaba dispuesto a enviarlo, pero solo como último recurso!

En la parábola de las bodas del hijo del rey, en [Mateo 22:1-14](#), vemos el gozo del Padre por su Hijo y su deseo de que los demás compartieran su gozo. Pero la semilla cayó en corazones alejados de Dios. La primera parábola llevó a los sumos sacerdotes y escribas a ponerle las manos encima; la segunda llevó a los fariseos a celebrar consejo para atraparle en su discurso. Por supuesto, el Señor sabía todo esto de antemano, pero eso no le impidió decir esas parábolas; porque si los sumos sacerdotes y los fariseos permanecían impasibles mientras las escuchaban, otros podrían beneficiarse de ellas y, en tiempos futuros, muchos se refrescarían con lo que él exponía entonces de los sentimientos del corazón de su Padre hacia él, mostrándonos la grandeza de la gracia manifestada por el envío de su Hijo. Sin embargo, solo cuando le veamos en la gloria otorgada por su Padre ([Juan 17:24](#)), viéndole ataviado de todas las señales del amor de su Padre, comprenderemos, en la medida en que las criaturas pueden comprenderlo, lo que es el amor paterno divino en su plenitud.

Pero, gracias a Dios, no somos meros espectadores. También nosotros somos y seremos siempre partícipes del amor del Padre, del que habló el Señor cuando estuvo en la tierra. La parábola del hijo pródigo lo ilustra, pues el padre acoge en su seno al que ha pecado contra el cielo y ante él. Sabemos de qué hablaba realmente el Señor, que quería dar a conocer a su Padre a los hombres y decir algo sobre su amor.

Muchas personas que han leído esta parábola han visto entrar luz y calor en sus corazones, y si el Señor tarda, muchos otros podrán saborear la misma bendición. La historia está contada de una manera muy conmovedora, y la escena se describe muy pictórica.

Nadie debe tener temor de confiarse en su Padre. Nadie puede decir que no entiende lo que el Señor quería enseñar, pero nadie puede sondear el amor del que hablaba. Gracias a Dios, esto no se le pide a nadie, sino que todos están invitados a compartirlo.

5 - Hijos de Dios

En los capítulos anteriores hemos recogido elementos de la revelación que el Hijo hace de su Padre, llamado en otras partes del Nuevo Testamento: Padre de las luces ([Sant. 1:17](#)), Padre de los espíritus ([Hebr. 12:9](#)), Padre de las misericordias ([2 Cor. 1:3](#)) y Padre de gloria ([Efe. 1:17](#))— como siendo su autor. Estas afirmaciones son instructivas y reconfortantes para sus hijos. En efecto, su corazón no puede contentarse con ser simplemente el Creador, el autor de las luces, de las misericordias o de la gloria. Desea santos, objetos de la elección divina, extraídos de toda la humanidad y reunidos a lo largo del tiempo, que conozcan su amor paterno y gocen para siempre de los privilegios y de la parte que prevé para sus hijos. Pero, ¿quiénes son?

Los ángeles son objetos de la elección divina ([1 Tm. 5:21](#)), y también se les califica de santos ([Marcos 8:38](#); [Apoc. 14:10](#)). Pero su relación con Dios como hijos es exclusiva de los elegidos de la raza humana. Entre las criaturas de Dios, son los únicos que están unidos a él por un vínculo de parentesco, aunque los ángeles, que derivan su existencia de Dios, son llamados «hijos» en el Antiguo Testamento ([Gén. 6:2](#); [Job 1:6](#); [2:1](#); [38:7](#)). Pero en el Nuevo Testamento, solo los redimidos por la sangre de Cristo son llamados *hijos de Dios*. Dios lo deja claro. Si hubiera querido, habría podido, por supuesto, reservarse el conocimiento de la paternidad de sus hijos como un gozo para su corazón y un secreto que guardar en su seno; pero quiso que los hijos conocieran el parentesco que existe entre él y ellos, y la posición privilegiada, por encima de todas las demás criaturas, que se dignó darles. Porque no solo son sus *niños*, sino también sus *hijos*, y gozarán del privilegio de la adopción para siempre.

Una palabra sobre el significado de estos términos. *Niño* evoca el vínculo de paren-

tesco; nada más cercano. El término «hijo» evoca la posición de que goza en relación con los demás: «ya no eres siervo, sino hijo» (Gál. 4:7). Fulano de tal puede adoptar a alguien para que sea su hijo, pero solo los de su propia descendencia son sus hijos. En los asuntos humanos, los niños no siempre tienen el lugar y el privilegio de hijos. Una ilustración puede ayudarnos. Abraham tuvo varios hijos de su mujer Cetura, e Isaac de Sara. Todos ellos podían llamarle padre, todos eran sus hijos, pero solo Isaac tenía el privilegio y el lugar de hijo. Le dio todo lo que poseía a Isaac (Gén. 25:5), a quien todos conocían como su hijo. La herencia era suya y solo suya (Gén. 24:36). Una cosa era ser descendiente de Abraham y otra muy distinta ser su hijo.

Para nosotros, como hijos de Dios, es diferente. Somos sus niños, y también sus hijos. Todos los privilegios que corresponden a sus hijos son nuestros, en la grandeza de su gracia. Él quiso que estuviéramos cerca de él como niños suyos y que estuviéramos ante él como hijos suyos, y que disfrutáramos de esto para siempre. Además, el vínculo de parentesco y el privilegio de ser hijos están vinculados a la herencia. Romanos 8:17 habla de ello en relación con el título de hijo: «Y si somos hijos, también somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo»; Gálatas 4:7, en relación con el título de hijo: «Y si hijo, también heredero mediante Dios». Está claro que nuestro Padre quiere que conozcamos sus propósitos para con nosotros. Decimos propósitos porque la entrada en nuestra herencia es todavía futura. Efesios 1:9-14 nos dice cuál es, y mientras tanto, el Espíritu Santo nos es dado como depósito de esta herencia, para la redención de la posesión adquirida; pues el Señor Jesucristo, con quien somos coherederos, aún no la ha recibido.

Recordemos un pasaje del Antiguo Testamento. Hubo un día memorable en la vida del patriarca Abram, cuando Dios le dijo que inspeccionara la tierra que iba a poseer. Acababa de ceder ante Lot. Siendo manso, no había tratado de hacer valer sus derechos. Dejó que su sobrino eligiera dónde quedarse, lo que hizo egoístamente, aunque aparentemente estaba cediendo ante Abram. Lot se fue hacia el este, eligiendo para sí la bien regada llanura del Jordán. Lot eligió; Abram dejó sus intereses en manos de Dios. ¿Quién salió mejor parado? La historia nos lo dirá. Lot miró, levantó sus ojos y codició para sí la mejor región pastoral. Entonces Abram, por orden de Dios, levantó la vista y vio la tierra que le pertenecía. «Y Jehová dijo a Abram, después que Lot se apartó de él: Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre» (Gén. 13:14-15). Dondequiera que miraba a su alrededor, sus ojos veían parte de la tierra de su herencia que Dios había prometido darle. Pero su seguridad para la posesión de esa tierra estaba toda

en la promesa de Dios; no tenía ninguna otra garantía de ella.

Como Abraham, nosotros tenemos la promesa de una herencia y, como él, dondequiera que miremos a nuestro alrededor, nuestro ojo se posa en alguna parte de esa herencia. Al mirar al norte, al sur, al este y al oeste, Abraham simplemente estaba mirando la tierra que un día sería suya. Nosotros solo podemos mirar hacia arriba, porque es allí donde está nuestra herencia. En ningún lugar de esta tierra podemos mirar a nuestro, nada nos pertenecerá en la tierra; solo debemos mirar hacia arriba, donde podremos ver una parte de la herencia que nos pertenece como herederos de Dios y coherederos con Cristo. Una *parte*, deberíamos decir, porque aún no la hemos mirado toda. Abraham pudo recorrer a lo largo y a lo ancho la tierra de su herencia. Nosotros somos todavía incapaces de medir la extensión de la nuestra. Hemos oído hablar de sus límites, pero nunca los hemos visto. Al igual que Abraham, debemos abandonar la tierra antes de poder disfrutar de la herencia que se nos ha prometido; pero con la diferencia de que no solo tenemos la Palabra de nuestro Dios acerca de ella, sino que se nos ha dado el Espíritu Santo como garantía de esta (Efe. 1:13-14). Es muy vasta, abarca el cielo.

Un breve dicho del Señor Jesús, cuando estaba en la tierra, nos dice cuál es la parte del hijo de Dios; está registrado en Lucas 15, en lo que el padre dice al hermano mayor: «Hijo (realmente lo era), tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas» (v. 31). Este es el lugar y la porción de los hijos de Dios: herederos de Dios y coherederos con Cristo. Y aunque esto fue revelado relativamente tarde en la historia del mundo, podemos ver que no es una reconsideración de nuestro Dios; porque la herencia destinada a Israel y en la que entró, aunque nunca completa hasta los días de David y Salomón, incluía el territorio conquistado al este del Jordán (Núm. 21:24, 35; Deut. 2:24, 31; 3:12), así como el que está al oeste –una figura de lo que heredaremos con el Señor Jesucristo.

Hijos de Dios: es una clase, una compañía de sus criaturas, elegidos de entre los hijos de los hombres, nacidos no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra viva y permanente de Dios (1 Pe. 1:23). Las características de la Palabra, descrita aquí como el instrumento por el que son engendrados los hijos, nos indican el carácter de la vida de los que son objetos del nuevo nacimiento. Es incorruptible y eterno. Nacidos de nuevo; nacidos o engendrados de Dios: en estos términos se habla de ellos. Nacer de nuevo muestra que es una operación de Dios muy distinta de la generación natural. Nacidos de Dios nos recuerda la gracia que les ha manifestado de este modo. Si preguntamos: ¿Qué movió a Dios a actuar de esta manera? la respuesta solo puede darla él mismo, cuya mente ninguna criatura puede desen-

trañar, y de quien nadie, como hemos dicho, puede saber nada a menos que él se complazca en revelarlo. La Palabra nos da esta respuesta: «De su propia voluntad él nos engendró con la palabra de verdad» (*Sant. 1:18*). Su voluntad soberana, que nadie puede doblegar y a la que nadie puede oponerse con éxito, le llevó a conceder a las criaturas del género humano una relación filial consigo mismo. Este privilegio no se limita a ningún pueblo de la tierra, pues Juan declara: «A todos cuantos lo recibieron, es decir, a los que creen en su nombre, les ha dado potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no fueron engendrados de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios» (*Juan 1:12-13*). Se trata de niños, no de hijos, pues Juan nunca habla de hijos hasta que ha conducido a sus lectores al estado eterno. Entonces, y solo entonces, describe a los santos de Dios como sigue: «El que venza heredará estas cosas; y yo seré su Dios, y él será mi hijo» (*Apoc. 21:7*). Pablo, por su parte, escribe que estas 2 cosas son ahora verdaderas para los santos.

Hemos dicho que la herencia nos pertenece, si somos hijos de Dios. A esto va unida la condición en que la disfrutaremos, es decir, la gloria. La creación tiene un profundo interés propio en ella, pues su sumisión a la vanidad permanece hasta que estemos en la gloria. Solo entonces «será liberada de la servidumbre de corrupción, para gozar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (*Rom. 8:21*). Así comprendemos su gozo, descrito en la Palabra, ante la perspectiva del reino en poder y su establecimiento. El gozo ante esta perspectiva se registra en el Apocalipsis, cuando el Cordero toma el libro para abrir sus sellos: «Y a toda criatura que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que hay en ellos, oí que decían: ¡Al que está sentado en el trono y al Cordero, la bendición, el honor, la gloria y el dominio, por los siglos de los siglos! Y los cuatro seres vivientes decían: ¡Amén! Y los ancianos se postraron y adoraron» (5:13-14). En ese momento, la creación no inteligente será unánime. Todas las criaturas en el cielo, en la tierra, debajo de la tierra y en el mar estarán de acuerdo en anhelar la redención de su posesión adquirida. Toda la creación gime y sufre. Cuando el Señor regrese con poder, el tono cambiará; las cosas creadas le darán una gozosa bienvenida. «Alégrense los cielos, y gócese la tierra; brame el mar y su plenitud. Regocíjese el campo, y todo lo que en él está; entonces todos los árboles del bosque rebosarán de contento, delante de Jehová que vino; porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad» (*Sal. 96:11-13*). Qué contraste será ese, la creación se gozará en lugar de gemir. Pero habrá otro contraste, verdaderamente terrible cuando se piensa en ello: la creación se regocijará unánimemente, mientras que muchos de la raza humana se enfadarán por el regreso del crucificado para reinar, y se unirán para impedirle, si es posible, que entre en su reino terrenal (*Apoc. 11:18; 17:14*;

19:19).

Hemos hablado de cómo llegamos a ser hijos de Dios. Todos aquellos cuyo parentesco ha sido formado con él dependen enteramente de su gracia. Son engendrados por el Verbo. Era necesario, pues, que él hable, y que hable a sus criaturas pecadoras, antes de que pudiera establecerse tal relación. Si no hubiera querido hablar, ninguna criatura habría podido obtener tal privilegio. Si él no hubiera hablado individualmente a cada objeto de la gracia divina, ningún miembro de la raza de Adán habría podido llegar a ser su hijo.

Todo procede de él: el pensamiento, el deseo, la ejecución de este plan. Las criaturas, formadas para gozar del amor paterno divino, deben rodearlo para siempre. El gozo será ciertamente de ellos, pero el gozo será también de él, no cesará nunca, como indica el Señor en la fiesta que siguió al regreso del hijo pródigo: «Comenzaron a regocijarse». ¿Por quién se gozó el padre? Por aquel que no merecía ningún favor de su parte, sino todo lo contrario. Con razón escribió Juan: «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios. ¡Y lo somos! Por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios; y aún no ha sido manifestado lo que seremos. Pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (1 Juan 3:1-2). Coherederos con Cristo, en la gloria con él y semejantes a él: estos son los favores que nos caracterizarán como hijos de Dios.

¡Cómo se complace Dios en hablarnos del presente y del futuro! Ahora somos hijos de Dios. Pronto seremos semejantes a su Hijo, llevando la imagen del celestial (1 Cor. 15:49); o, como se dice en otra parte, nuestro cuerpo de humillación se transformará en la conformidad del cuerpo de su gloria (Fil. 3:21). Puesto que esto será verdad entonces, la conformidad moral con él debe caracterizarnos a todos ahora. Porque, nacidos de Dios, participamos de la naturaleza divina y, como tales, debemos imitar a Dios, como hijos amados (Efe. 5:1), haciendo «todo sin murmuración ni disputa, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos [2] de Dios sin mancha, en medio de una generación depravada y perversa, entre los cuales resplandecéis como lumbreras en el mundo, manteniendo en alto la palabra de vida; para que en el día de Cristo yo me regocije de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado» (Fil. 2:14-16).

[2] Nótese la palabra «hijos» utilizada aquí.

Juan insiste en esta enseñanza. En su Primera Epístola, después de exponer los caracteres de la naturaleza divina, a saber, que Dios es luz y Dios es amor (1 Juan 1:5; 4:8), nos recuerda cómo los manifestó el Señor Jesús en la tierra, a saber, en la obediencia y el amor; nos lo presenta como Aquel de quien hemos de aprender, y nos dice que hemos de mostrar en nuestro caminar lo que es ser partícipes de esa naturaleza. En la historia del mundo no era nuevo que Dios tuviera hijos entre los hombres. Todo creyente nacido de él es, y era, hijo suyo. Pero esta relación no fue revelada a los santos hasta la venida de su Hijo, aunque, como hemos visto, algo del carácter de Dios como Padre fue conocido en un período anterior. Pero, habiendo venido el Hijo, lo que corresponde a los hijos de Dios se convirtió en objeto de la revelación divina.

Como hemos dicho, Juan insiste particularmente en este punto. En su Evangelio escribe: «Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer» (1:18). En su Epístola escribió: «Nadie ha vivido jamás a Dios; pero si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor es perfeccionado en nosotros» (1 Juan 4:12). Lo que es Dios, a quien nadie ha visto, lo ha declarado el Hijo. Lo que él es, a quien nadie ha visto, lo saben los santos que se aman unos a otros, porque él habita en ellos.

Siendo nacidos de Dios, la justicia debe caracterizarnos (1 Juan 2:29), el amor fraternal debe ser activo (1 Juan 4:7) al amar a los que han nacido de él (1 Juan 5:1). Los hijos de Dios tienen en común esta enseñanza, que se deriva del carácter de la naturaleza que todos comparten. El apóstol se detiene largamente en este tema, reconociendo al mismo tiempo las diferentes etapas de la vida cristiana, siendo algunos niños pequeños, otros jóvenes y otros padres, y para cada clase también tiene una palabra apropiada (1 Juan 2:13-27).

Dios tiene un corazón de Padre para cada uno de sus hijos. Aquí podemos decir que la nacionalidad no puede separar nada. Es una sola familia, una sola compañía. El Señor murió no solo por la nación de Israel, sino para reunir en uno a los hijos de Dios dispersos (Juan 11:52). Por tanto, los privilegios de los hijos pertenecen a todos los que han nacido de Dios. Por eso Pablo, escribiendo a los gálatas que, como gentiles, nunca habían sido registrados como ciudadanos de la Jerusalén terrenal, podía decirles que, como cristianos, eran, como Isaac, hijos de la mujer libre y pertenecían a la Jerusalén celestial que es libre y que es «nuestra madre» (Gál. 4:26). Porque vivían después de la cruz de Cristo, igual que nosotros. ¡Qué diferencia, como puede atestiguar la mujer siro-fenicia! –Ella conocía bien el privilegio de los hijos, pero solo podía decir que no lo tenía. Los niños tienen su sitio en la mesa, los

perros están debajo y solo pueden comer las migajas que caen de ella ([Marcos 7:28](#)). Mientras permaneciera el muro de separación, ella no era más que un perro y no podía ocupar el lugar de los niños. Gracias a Dios, hoy ya no es así. Todos los que creen en el Señor Jesús han nacido de Dios y, por gracia, son por tanto miembros de su familia, y miran a la Casa del Padre como su hogar eterno.

6 - Hijo de Dios

«Hijo» de Dios. Esta es la dignidad concedida a todos los que creen en el Señor Jesús. Hemos visto en el capítulo anterior que el apóstol Juan subraya que somos *hijos* de Dios, mientras que el apóstol Pablo trata ambos aspectos; esto corresponde al ministerio de estos autores. Hemos visto que el Evangelio según Juan está lleno de la revelación del Padre, y que su Primera Epístola trata de los frutos de la naturaleza divina que deben manifestarse, y *como* deben manifestarse, en todos los que participan de ella, es decir, los que han nacido de Dios. Pero no trata el tema de forma árida y didáctica, como si estuviera estableciendo una ley, pues nos lo presenta en Aquel cuyo caminar en este mundo fue su expresión perfecta. «Os anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre y nos fue manifestada» ([1 Juan 1:2](#)).

«Dios es luz» y «Dios es amor». Estas 2 breves afirmaciones de Juan resumen brevemente los caracteres de la naturaleza divina. Por eso, cuando se manifiestan plenamente en el hombre, es en la obediencia, la justicia y el amor. Pero ¿dónde encontraría el escritor sagrado un ejemplo perfecto de esto? En el primogénito de Adán, el apóstol encuentra un ejemplo de alguien que odiaba a su hermano. Tuvo que recorrer 4.000 años de historia del mundo para encontrar un ejemplo de alguien en quien el amor fraternal se manifestara perfectamente, y solo pudo tomar a Aquel que fue concebido por el Espíritu Santo y nació de la virgen María ([1 Juan 3:12, 16](#)). ¡Qué grande es el contraste, aunque se enuncie con sencillez! En un caso, la vida fue tomada por la fuerza; en el otro, fue entregada voluntariamente. Por odio, Caín mató a su hermano Abel; por amor, el Señor dio su vida por nosotros.

Pero eso no es todo. La ruina de la raza de Adán como resultado de la caída es clara, y vemos que el virulento veneno del pecado se desarrolló rápidamente. El primer hombre de la raza de Adán tenía un hermano, ¡y lo mató! Juan no podría haber elegido a ningún hombre nacido en pecado para ilustrar perfectamente, en sus caminos en la tierra, el verdadero amor fraternal. Esto dice mucho a los que prestan atención, y suena como la sentencia de muerte para cualquier afirmación de que el hombre es

naturalmente bueno. Así pues, Juan se dirige al segundo Hombre, el último Adán, el Principio de la creación de Dios, porque en él se manifestó perfectamente el verdadero amor al morir por nosotros en la cruz. «En esto conocemos el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos» (1 Juan 3:16). Nótese el lenguaje del apóstol: «Conocemos», dice. Esto es más expresivo para nosotros que “percibimos”. Hemos conocido el amor, porque se ha manifestado perfectamente de un modo que nunca podrá igualarse ni repetirse. Solo hay un Hijo de Dios, y ya no muere (Rom. 6:9).

Pero nosotros somos hijos además de niños. Por tanto, puesto que esta cercanía de Dios, expresada en el vínculo de parentesco, es nuestra, nosotros que somos sus niños, todo lo relacionado con la bendición de sus hijos es también nuestro, nosotros que somos sus santos. Como hemos visto, la Palabra nos presenta las características de la naturaleza divina y el modo en que deben manifestarse en nosotros, que somos hijos (niños) de Dios; por otra parte, llaman nuestra atención sobre ciertas características del caminar de los santos, que los hacen reconocibles como hijos de Dios. En un caso, aprendemos lo que debemos ser porque somos hijos (niños); en el otro, mostramos que somos hijos por lo que hacemos. Para ilustrar este último punto, podemos citar los siguientes pasajes: «Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio; vuestra recompensa será grande y seréis *hijos* del Altísimo; porque él es benigno con los ingratos y los malvados» (Lucas 6:35). El Señor también dijo: «Bienaventurados los que procuran la paz, porque ellos serán llamados *hijos* de Dios» (Mat. 5:9). Y Pablo escribe: «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son *hijos* de Dios» (Rom. 8:14).

Para confirmar el uso del término «hijo» y ayudar al lector a comprender mejor su significado, señalaremos que los judíos, hijos (niños) naturales de Abraham, son llamados «descendientes de Abraham» (Hec. 13:26), como si tuvieran una posición reconocida en la tierra en relación con el patriarca. Del mismo modo, en el Nuevo Testamento se les llama siempre «hijos de Israel», nunca “niños de Israel”. También se les denomina «hijos del reino» (Mat. 8:12). Por descendencia natural, reclamaban un derecho al reino en la tierra, aunque en realidad solo el remanente piadoso entre ellos lo recibirá cuando el Señor venga con poder (Dan. 7:27). A los cristianos, en cambio, se nos llama «hijos (niños)» de Abraham, pero nunca hijos de Abraham.

Siendo justificados por la fe, *somos* sus hijos; él es el padre de todos los que creen, pues «los que son de la fe, estos son hijos de Abraham» (Gál. 3:7). *No somos* sus hijos (niños) como descendientes de su raza, es decir, por descendencia natural.

Podemos señalar aquí otros ejemplos del uso de este término, que contrastan enormemente con lo que se acaba de decir. La Escritura habla de los que rechazan el Evangelio de la gracia de Dios como «hijos de la desobediencia» (Efe. 2:2; 5:6). Eran, como todos nosotros, «por naturaleza hijos de ira» (Efe. 2:3); su rechazo del Evangelio y su negativa a obedecerlo los hace conocidos como «hijos (niños) de desobediencia». Judas Iscariote y el Anticristo son llamados respectivamente hijos «de perdición» (Juan 17:12; 2 Tes. 2:3), la cizaña es designada como «hijos del Maligno» (Mat. 13:38). A Elimas, el mago, se le llama «hijo del diablo» (Hec. 13:10); y el Señor llama a los prosélitos de los fariseos hipócritas hijos «de la Gehena» (Mat. 23:15). Todos ellos muestran abiertamente por sus caminos lo que son y adónde van.

De nuevo, en esta forma figurada de hablar, está la expresión «amigos [hijos de la cámara nupcial]» (Mat. 9:15; Marcos 2:19; Lucas 5:34), para aquellos que abiertamente la profesan; los cristianos son llamados «hijos de la luz e hijos del día, ...no de la noche, ni de las tinieblas» (1 Tes. 5:5). En la parábola de la cizaña, los santos son llamados «hijos del reino» (Mat. 13:38), porque ciertamente lo heredarán, mientras que los hombres del mundo son llamados «hijos de este siglo» (Lucas 16:8), que en su generación son «más astutos... que los hijos de la luz».

Esperamos haber dado suficientes ejemplos para ilustrar el significado de este término en relación con la posición de aquellos de quienes se habla. Pasemos ahora a lo que nos concierne más concretamente, a nosotros que podemos alegrarnos verdaderamente del privilegio de ser hijos de Dios. Oseas (1:10) predijo que tal clase se encontraría en la tierra, pero, aunque hablando de los israelitas, usa el término «hijos», lo cual, como nos enseña Pablo, hace que el pasaje sea aplicable a los que han sido gentiles: «Y en el lugar donde les fue dicho: No sois mi pueblo, allí mismo serán llamados hijos del Dios vivo» (Rom. 9:26). Como prueba de la gracia de Dios hacia Israel, el apóstol cita Oseas 2:23; para mostrar que Dios bendecirá a los gentiles, cita Oseas 1:10.

Ya hemos observado que el apóstol Pablo distingue la verdad de que los creyentes son hijos de Dios de la bendición de la relación de niño, así como de la condición de esclavitud –la condición de los que están en la infancia. Romanos 8:14-16, ya mencionado, habla del primer aspecto; Gálatas 4:7: «Así que ya no eres siervo, sino hijo; y si hijo, también heredero mediante de Dios», habla del segundo. Aprendemos, pues, que este privilegio es común a todos los santos de la época actual; aunque fue predicho siglos antes de la primera venida del Señor, no tuvimos conocimiento de él hasta después de su encarnación. Un pasaje de 2 Corintios ilustra la progresión de la revelación sobre esta enseñanza: «Por lo cual, ¡salid de en medio de ellos y

separaos!, dice el Señor, y ¡no toquéis cosa inmunda; y yo os recibiré!», «seré vuestro Padre» (6:17-18). Esto es lo que enseñan la profecía (Jer. 31:9) y la revelación del Antiguo Testamento, y luego el apóstol añade: «Y vosotros seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor Todopoderoso». ¿De quién serán hijos e hijas? Hijos e hijas del Señor, el Dios de Israel, que es, y que se mostró como el Dios verdadero al juzgar a los ídolos de Egipto; y también hijos e hijas del Dios Todopoderoso, el Dios de los patriarcas, que se reveló a Abraham como el Todopoderoso cuando aún no tenía hijos.

Pero aquí hay que hacer una distinción. Una cosa es mostrar que somos hijos e hijas de Dios por nuestros caminos, ser conscientes de este privilegio y disfrutarlo en nuestros corazones; otra muy distinta es llegar a ser sus hijos. ¿Cómo podemos llegar a serlo? La Escritura es clara al respecto. El apóstol escribe: «Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús» (Gál 3:26). Nos convertimos en hijos de Dios al nacer de nuevo por medio de la Palabra (1 Pe. 1:23); nos convertimos en hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús. Cualquier palabra de Dios puede vivificar un alma. En todos los tiempos de la historia humana, Dios ha tenido hijos. Pero en la época actual, para llegar a ser hijos de Dios, es necesario tener fe en Cristo Jesús. De modo que solo desde la ascensión conocemos el privilegio de ser hijos de Dios, porque el apóstol escribe «Por la fe en Cristo Jesús»; pero al Señor solo se le llama «Cristo Jesús» después de la ascensión.

¡Hijos de Dios! El apóstol, escribiendo a los gálatas, llama su atención sobre este punto, señalando la diferencia entre un heredero menor y un heredero adulto. El primero no se diferencia de un esclavo, porque está sometido a tutores y guardianes hasta el momento fijado por el padre. Los santos del Antiguo Testamento y los santos hasta la cruz se encontraban en este estado, que puede llamarse “minoría de edad”. Ahora bien, los santos son hijos además de niños, porque se considera que han crecido –adultos, por así decirlo– y, por tanto, ya no son niños; y esto vale para todos los verdaderos cristianos, ya que la Escritura considera al cristiano, cualquiera que sea su etapa de crecimiento, como un niño pequeño, un joven o un padre. En efecto, Juan escribe (1 Juan 2:13, 27) que los niños pequeños (hijitos) conocen al Padre y han recibido el Espíritu Santo. Ahora bien, recordemos que no nos convertimos en hijos por recibir el don del Espíritu; somos hijos por la fe en Cristo Jesús. «Y por cuanto (los gálatas) sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo en nuestros corazones, clamando: ¡Abba, Padre!» (Gál. 4:6).

Queda clara la importancia de este punto, que responde al error de los gálatas. Pensaban que necesitaban más de lo que tenían, y pensaban que podían conseguirlo

circuncidándose y guardando la Ley. El apóstol muestra que ya habían crecido. Someterse a la Ley sería volver a ser menores de edad; los cristianos que, como Pablo, habían conocido este estado, habían sido liberados de él por la muerte de Cristo en la cruz por ellos (Gál. 4:4-5). Los santos gálatas no solo eran niños, sino hijos. Decirles simplemente que eran niños no les habría ayudado; enseñarles que ya eran hijos, les sería una trampa. Ellos disfrutaban de los privilegios de hijos que aquellos bajo la Ley no tenían y no podían tener. Así se hace evidente la insensatez de circuncidarse y guardar la Ley para obtener la plena bendición cristiana.

Hemos hablado de los privilegios de los hijos, ¿cuáles son? El Señor menciona uno en Mateo 17:25-27: «¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra ¿de quiénes cobran impuestos o el tributo? ¿De sus hijos, o de los extraños? Y cuando contestó: De los extraños, le dijo Jesús: Entonces los hijos están exentos. Pero, para que no les demos ocasión de tropiezo, ve al mar y echa un anzuelo, y el primer pez que pesques, tómalo, ábrele la boca y hallarás un estatero; tómalo y dáselo por mí y por ti». Aquí el Señor asocia a Pedro consigo mismo en la relación de hijo de Aquel a quien pertenecía el reino, sugiriendo lo que más tarde se enseñaría como la porción de todo creyente, a saber, ser hijos de Dios, y por tanto libres.

En otra ocasión, el Señor tocó este punto cuando, rodeado de recaudadores de impuestos y pecadores, pronunció la parábola del hijo pródigo y dijo a sus oyentes lo que el hijo pensaba decir a su padre: «Padre, he pecado contra el cielo y delante de ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros» (v. 19). El hijo pródigo conocía la diferencia entre un siervo y un hijo. Era hijo por nacimiento, pero la posición de hijo en la casa era otra cosa. No esperaba a ser reintegrado [3] en esa posición, y no se le ocurrió pedirla. Pero, ¿podía ser algo más que un hijo en esta casa? Esa era una cuestión que debía resolver su padre. Estaba claro que no merecía ser hijo. Sin embargo, no iba a tener otro. Su padre resolvió el asunto, y con justicia. Y se lo hizo saber a su hijo, llamando a sus siervos para que se alegraran con él, diciendo: «Porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a vivir; estaba perdido y ha sido hallado» (v. 24). Ciertamente todo es gracia; ciertamente todo es gracia para nosotros. Como el hijo pródigo, no merecemos el puesto de hijo, pero el Padre se complace en darnos nada menos, porque nada menos satisfará su corazón.

[3] Unas palabras sobre la forma de esta parábola pueden ser útiles. La ocasión que la originó se indica al principio del capítulo (Lucas 15): «Y todos los

cobradores de impuestos y los pecadores se acercaban para oírlo. Y murmuraban los fariseos y los escribas, diciendo: Este recibe a pecadores y come con ellos». El hijo pródigo era, pues, publicano y pecador; era israelita como los fariseos y, por tanto, había participado de todos los privilegios de Israel. Por eso pudo decir: «Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo» – lenguaje que no podía convenir a un gentil que nunca había gozado de los privilegios de Israel.

Esto nos lleva a otro privilegio relacionado con nuestro tema: el de la adopción. Dios no descansará hasta que todos seamos presentados como hijos. La adopción pertenece a Israel, el primogénito de Dios (Rom. 9:4). Sin embargo, para participar de esta adopción, debemos descender de Jacob. Pero la bendición que se nos da es mucho mejor, aunque similar, pues él nos ha «predestinado para ser adoptado para él por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad» (Efe. 1:5). Seremos santos e irreprochables ante Dios. Pero el deseo de nuestro Dios para con nosotros es aún mayor; nos quiere ante él en la posición de hijos, y nos hace saber que esto es parte de aquello a lo que estamos llamados, y lo que ahora debemos esperar (Efe. 1:18). Por eso se nos da el Espíritu Santo como Espíritu de adopción (Rom. 8:15), en espera de la adopción, de la redención de nuestro cuerpo (v. 23); porque el propósito de Dios en esto es la bendición de todo nuestro ser. Eso es lo que esperamos, y por eso la creación, que ahora gime bajo el peso y el castigo del pecado, también espera la revelación de los hijos de Dios (v. 19).

¡Qué día será ese! Mientras tanto, podemos decir, con las palabras del himno:

*“Toda la creación
trabaja, gime y te ruega: Ven”.*

Ya viene (Apoc. 22:20). Mientras tanto, el Hijo nos ofrece una revelación del Padre y nos enseña los privilegios de quienes tienen un lugar en el corazón del Padre, una morada en la Casa del Padre y una participación en lo que pertenece al Padre, como herederos de Dios y coherederos con Cristo. Porque somos libres; somos hijos en la Casa; tendremos un lugar como hijos ante todos para siempre. Este es, por supuesto, el final del esbozo de nuestro tema: la relación con Dios; la bendición y el gozo que se derivan de ella no harán sino profundizarse para nosotros a lo largo de la eternidad.